

Un mundo sin fin

Mis amistades intelectuales se sorprenden (o no) de lo mucho que disfruto con la literatura bestseller, o sea con la que, aunque se venda como churros, ni siquiera merecería el honroso nombre de literatura.

¡Pero vaya si disfruto! Este verano le ha tocado el turno a *Un mundo sin fin* de Ken Follet, un autor galés que fabrica tochos increíbles repletos de aventuras y emociones. El tipo de novela en la que una cae literalmente dentro, ¡plop!, al cabo de empezar a leer unas pocas páginas.

Después de la caída en picado en el pozo de una narración que te atrapa, viene la fase de imaginar qué actores representarían qué personajes, porque la estructura de la novela no puede ser más peliculera. Creo que en este caso me reservo a Orlando Bloom para el papel de Merthin, pero no tengo muy claro quien podría interpretar a Caris. Tal vez Juliette Binoche o Julia Ormond, aunque son un poco mayores para Orlando, creo.

Durante este verano a mi mundo sin fin de fantasía se ha superpuesto un mundo sin fin de realidad. He conocido proyectos sociales en Argentina y en México que emocionan por la autenticidad y la entrega de sus protagonistas. Por ejemplo, un proyecto de aprendizaje servicio de la Facultad de Veterinaria de Buenos Aires, a través del cual los estudiantes y profesores montan cada quince días un servicio de veterinaria en uno de los barrios más degradados de la capital.

Un minibús repleto de Orlandos, Juliettes, Julias, Angelinas, Bratts, Winonas, Kevins, Georges y Susans vacunan, desparasitan, cosen, vendan, castran, examinan y diagnostican todo tipo de perros, gatos, loros y otras bestias que pueblan el barrio y alivian la soledad y la marginación de sus propietarios.

A través de los animales, los estudiantes y profesores llegan a las personas sin agresividad, sin injerencias invasoras ni paternalismos, porque todos salen ganando. Los estudiantes desarrollan sus competencias profesionales, los vecinos reciben una atención que mejora su calidad de vida, y ambos colectivos aprenden sólo por el hecho de comunicarse.

Cuando surgen experiencias luminosas como ésta, se demuestra que nada está perdido mientras se puedan cambiar pequeñas cosas. Tal vez el mundo se nos ha vuelto pequeño en la aldea global, pero sigue siendo un mundo sin fin en la generosidad de muchos, cada vez más, de sus ciudadanos.